

## Estimado... Sr. presidente Benito Juárez

Julia Tuñón

Patricia Galeana, *La correspondencia entre Benito Juárez y Margarita Maza*, México, Secretaría de Cultura del Gobierno del Distrito Federal/ Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2006.

**A**caba de salir a las librerías *La correspondencia entre Benito Juárez y Margarita Maza*, compilada por Patricia Galeana, y la lectura de un material tan rico y sugerente trae otra vez a discusión algunos temas importantes para nuestra historia.

Se trata de una antología de textos precedida por una introducción, pero quiero hacer notar que el título es injusto, porque no únicamente se trata de correspondencia, sino que hay documentos diversos: oraciones fúnebres, documentos legales, el juicio de intestado y otros que dan cuenta de aspectos de interés que desbordan la relación de la pareja. Es importante mencionar aquí —lo hace cumplidamente Galeana en el libro— que gran parte de este material es tomado del texto de Jorge L. Tamayo: *Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia* (México, Libros de México,

1972). También debe decirse que en 1972 Ángeles Mendieta Alatorre editó un texto similar, con cartas y documentos diversos —muchos coincidentes con el que ahora nos ocupa— que no se mencionan, intitulado *Margarita Maza de Juárez. Epistolario, antología, iconografía y efemérides*, editado por la Comisión Nacional para la Conmemoración del Centenario del Fallecimiento de Don Benito Juárez.

Decía atrás que la selección que ahora nos ocupa remite a algunas preocupaciones de los historiadores, pues trata de la esfera privada de los personajes a los que alude, atañe a la relación entre el Benemérito de las Américas y su esposa, y esto nos abre una ventana a la vida privada del calificado como “el impasible”, el que asociamos con los monumentos de bronce, el granítico, coherente, incansable... presidente de la república en un largo periodo que fue, además, clave para la nación. Es un gusto acceder a otra faceta de este personaje medular de la historia mexicana.

Una maldición china condena al odiado a “que viva tiempos interesantes”... Efectivamente, las partes blandas y sensibles de los seres humanos suelen sufrir de manera nota-

ble durante “los tiempos interesantes”, y el siglo XIX mexicano lo fue en demasía. Los documentos aquí rescatados nos recuerdan el dolor de haber sido protagonistas de una historia “interesante”, mas con egoísmo notable agradecemos que haya existido un Juárez, porque —parafraseando lo que dice el danzón—, ¿cómo nos hubiera ido sin él?

Al pensar en Juárez pienso en muchos de los que conformaban su gabinete, como Melchor Ocampo, Ignacio Ramírez, Miguel Lerdo de Tejada, Guillermo Prieto e Ignacio Manuel Altamirano, entre otros que implantaron una serie de leyes medulares para el progreso de nuestro país. ¿Qué sería de nosotros sin la separación Iglesia-Estado? ¿Qué sería sin la preeminencia de las leyes, que establecen la igualdad legal de los seres humanos? Ciertamente, la diferencia entre dicho y hecho es importante, pero la simple acción de nombrar ciertas cosas es medular: sólo lo que se nombra puede concebirse y estos recursos legales son la base legal de la modernidad. Juárez es una figura tutelar de nuestra historia, y textos como el que nos ocupa permiten verlo desde otra atalaya.

Hace cuarenta años, más o menos, que Josefina Vázquez Vera, profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, llegó a la clase de los novatos con la novedad, recién sacadita del horno, olorosa a pan fresco, de la importancia de la correspondencia, los epistolarios y los libros de memorias. Hablaba con embeleso de las posibilidades que abrirían estas fuentes para la historia. Sus palabras fueron proféticas: sin pausa y sin prisa la historia privada fue asomándose en aquella disciplina que atendía a los hechos públicos, políticos, lo cual hacía con solemnidad, y muchas veces arrogancia. El lector se sentía muy lejos de aquellos personajes de bronce que no dudaban, tenían las cosas claras y decían siempre frases imponentes. ¿Cómo identificarse con ellos? El desarrollo de la historia privada permitió la secreta, la íntima; se legitimaron temas y se abrieron preguntas, se escarbó en documentos diversos, antes inconcebibles.

La historia ha cambiado de manera fundamental en los últimos años, lo que muchos agradecemos. Gracias a estos conceptos hoy se divulgan colecciones como ésta, que nos traen a un Juárez coqueto, dizque preocupado porque va a cumplir sesenta años, que busca y agradece que sus seres queridos le envíen un retrato, algo complicado entonces, pero que —declara— le da mucho consuelo. Margarita se alegra de verlo más “gordo”, porque para ella es señal de que está sano. Juárez consuela con cariño a su mujer por su dolor ante la muerte de los hijos. Los textos nos traen a una Margarita Maza enamorada tiernamente de su marido, perspicaz y aguda en sus observaciones políticas: quítame a esa “percha de inútiles”, le solicita una mujer que ha aprendido a comprender el estilo firme y modesto de su cónyuge. Una Margarita que se siente culpable por

la muerte de sus hijos y expresa su sentimiento de manera conmovedora, porque nos permite acceder a un ser parecido a cualquiera de nosotros. En ciertas partes se experimenta una culpable falta de pudor, surge la pregunta que a veces atosiga al historiador de las vidas privadas: ¿cómo enterarme de lo que estas personas sienten o piensan? Ellos no imaginaron siquiera que serían mirados por extraños, y el lector se siente un *voyeur* que atisba sin recato las vidas ajenas.

También es notable la manera en que la correspondencia nos hace evidente ciertas formas de hablar y pausas de vocabulario: la pareja, que claramente se ama, se dirige uno al otro como “estimado”. ¿A qué hora este término se convirtió en algo típico de la formalidad y la burocracia? Para expresar el estado de salud dicen “estar bueno o buena”, ¿a que hora eso se convirtió en albur? ¿Cuándo lo hizo el verbo “coger”? pues no lo era entonces... Es también conmovedor ver el lenguaje popular: Margarita habla de Juárez como su “viejo”, y dice que perengano es “una mula”. Más allá del lenguaje solemne de los actos públicos, los protagonistas aparecen comunicándose en términos entonces de uso común. Sabemos que en esa época el analfabetismo era notable, mayor aún en las mujeres, y sin embargo vemos una escritura pulcra, sin faltas de ortografía, con un léxico amplio y lleno de matices.

También surge en la reflexión la manera en que han cambiado los medios de comunicación con el internet. Las dificultades que enfrentó la pareja para escribirse eran enormes, los plazos de entrega de las cartas largos, y probablemente esto daba también un sentido de la duración mayor, una pervivencia más larga de afectos y solicitudes.

Como en toda correspondencia, las cosas “importantes” se alternan

con las superfluas: Juárez se percató de que olvidó unos cepillos de ropa y ella le pide la medida de cuello de sus camisas, porque supone que su ropa está gastada y quiere renovarla; lamenta que la prensa refiera que ella lucía muy ataviada en una recepción y le explica a su marido que no era así: llevaba apenas aquel vestido que él le compró, dos brillantitos en las orejas, “no lo creas” —previene, conociendo la mezquindad del medio—, no vayan a agarrarse de esto para calumniarte.

Otra parte medular del texto son los documentos al respecto de Margarita cuando la república ha sido restaurada y las oraciones fúnebres dadas a su muerte. Cuando la señora llega a Veracruz en 1867, para reintegrarse a su papel de primera dama, la reseña marca que el pueblo la

[...] aclamaba como la verdadera madre del pueblo, como la verdadera matrona de México, como la digna esposa del jefe supremo de la nación [...] en un tiempo no muy lejano habían sido profanadas nuestras calles por los gritos de unos cuantos parásitos y de unos esbirros asalariados que aclamaban a una extranjera [...así que ahora] parecía una solemne purificación que recibía nuestra ciudad natal con el tránsito por sus calles y plazas de verdaderos mexicanos, de la compañera de nuestros infortunios.

Aparecen de manera medular el término “matrona” y el recuento de las virtudes maternas, que son significativas de una moral social y de un imaginario respecto a las mujeres. A su muerte éste será el tono fundamental, e incluso en las notas de los liberales destacan adjetivos que remiten a una tradición añeja. Véase si no: “virtuosa, apreciable, matrona, resignada fuerza, ángel del hogar”;

“modesta y afable especialmente con los pobres”. Se destaca el hecho de que Margarita nunca se inmiscuyó en los asuntos de su marido ni tuvo “la más insignificante ingerencia en negocios del gobierno”, el que “su vida fue enteramente doméstica y la sociedad de México no ha tenido que criticar ni su lujo ni su influencia, ni aún siquiera sus maneras”. Las cualidades que se exaltan son predominantemente las maternas: “los desgraciados han perdido a una madre”; su virtud es llamada por Guillermo Prieto “joya de tu sexo, blanca azucena de tu hogar”, “digna y santa matrona”, y para exaltarla habla de “la santa madre de familia”. Juan A Mateos, que critica a la Iglesia porque no permitió los honores a la difunta, se refiere a ella como “mártir” “heroína de la Biblia”, y a su muerte la familia lamenta “en religioso recogimiento una pérdida irreparable”. Margarita es, al decir de Ignacio Manuel Altamirano: “la personificación de las virtudes cristianas y de las virtudes patrióticas en la mujer”, la “santa mujer republicana”.

Es notable la preeminencia de un vocabulario religioso para referirse a lo que sucede en un contexto secular, que la pareja respetó en cuanto fue establecido. Se trata de situaciones que hacen claro que una cosa es la Iglesia y otra la religión, y que no

se debe confundirlas; pero además muestra que ante las cosas del dolor, el ánimo sólo puede nombrarlas de acuerdo con la tradición. Así pasa con la definitiva: la muerte. El punto sugiere no sólo que en lo privado las inercias de la mentalidad se mantenían, sino también la ausencia de palabras que den cuenta de la muerte y de las necesidades de salvación, palabras que no se improvisan. Ante la muerte el espíritu religioso campea y la idea de La Mujer como avanzada de la inercia, valga la paradoja, recupera sus fueros: se valora la virtud, la entrega a otros, la resignación. En temas del género los cambios de mentalidad siguen un ritmo moroso, casi insoportable. Cuando a la cuestión femenina se agrega el dolor de la muerte, sólo puede nombrarse con el vocabulario tradicional.

Si en la correspondencia accedíamos a la mujer de carne y hueso, valiente, asertiva, luchadora, dueña de un saludable sentido común y sentido del humor, en las oraciones que se refieren a ella lo que vemos es a La Mujer, con mayúsculas, el modelo abstracto, la que expresa la norma a la que deben adecuarse las mujeres del cada día, las concretas, como lo fue Margarita Maza de Juárez. Ciertamente ella participaba de los valores de su tiempo, pero era

de verdad, de carne, no un modelo abstracto e ideal. Las odas, sin embargo, la convierten en un icono: Prieto escribe:

[...] las mujeres como tú no tienen historia [...] como no tiene historia la limpia mirada que se dilata abrazando silenciosa el firmamento [...] Existencias como la tuya no tienen historia [...] en esa perspicacia sin pretensiones del talento que procura la felicidad del hogar [...] allí está la historia de tu vida entera.

Mucha agua habría y habrá de correr bajo el puente. Afortunadamente. Ahora una de nuestras luchas es dar existencia a las mujeres, para eso nos importa rescatar su historia.

Toda colección de documentos es muy sugerente. Nos hace ver desde otra atalaya a los héroes de bronce, que de pronto irespiran! idudan! ise duelen de algo! Pero también nos hace ver las inercias y continuidades de las mentalidades, la fuerza de los imaginarios y de los modelos morales y nos ayuda a salir de esa historia que solamente atiende los cambios. Me permito sugerir que este libro se lea junto con *Apuntes para mis hijos*, que escribió el propio Benito Juárez.

